

PRÓLOGO

Algunos sujetos aficionados á las letras españolas, en cuyo estudio y cultivo se emplean, han compuesto y dado á la estampa los presentes Estudios, dedicándolos á D. Marcelino Menéndez y Pelayo, á quien estiman como á excelente amigo ó encomian y veneran como á egregio y hábil maestro. Para darle esta prueba de simpatía y admiración, han elegido el momento en que se cumplen veinte años, durante los cuales ha comunicado el sabio Profesor á la juventud estudiosa sus vastos y bien ordenados conocimientos desde su cátedra de la Universidad Central, con provecho evidente de la general cultura en nuestra patria. Coincide además con esto la merecida distinción de que D. Marcelino ha sido recientemente objeto por parte del Gobierno, confirmando éste de modo oficial, y en nombre del Estado, el alto concepto que tiene el público del extraordinario saber de D. Marcelino y el mucho crédito, autoridad y fama de que goza, no sólo en su patria, sino también en los países extranjeros. Nada más justificado, ni nada generalmente más aplaudido que el nombramiento de D. Marcelino para reemplazar en la Dirección de la Biblioteca Nacional á Don Manuel Tamayo y Baus.

Los que han colaborado á la formación de este libro, á fin de evitar la monotonía de las alabanzas, han tenido la buena idea de formarle reuniendo en él trabajos sobre diversos asuntos, donde nada se dice, ni es menester que se diga, acerca del Sr. Menéndez, si bien sobrentendiéndose que la colección de dichos trabajos lleva el propósito de obsequiarle y de ensalzarle.

Acaso sea yo el único á quien se consiente y hasta se prescribe que diga algo en este libro sobre la persona á quien le dedicamos.

Yo no podía escribir un artículo erudito tratando de curiosidades literarias, dando noticias raras y mostrando á la generalidad de los hombres joyas desconocidas ú olvidadas en el rico tesoro de nuestra poco estudiada y divulgada literatura. Jamás he sido apto para semejantes tareas, y mucho menos lo soy en el día, cuando por desgracia estoy casi ciego. En cambio, se da el caso, dichoso para mí, de haber yo conocido al Sr. Menéndez desde su primera mocedad, adivinado entonces todo su valer, pronosticado sus triunfos y contribuído á abrir y allanar el camino para que los lograra. Esto, en cierto modo, me autoriza á hacer, ya que no un acabado retrato, el bosquejo de las facultades y prendas intelectuales de nuestro amigo, y á juzgar, aunque sea someramente, las obras literarias que ha dado á luz hasta el día, justificando el elevado concepto en que yo le tuve desde que empezó la constante amistad que con él conservo, y que no dudo de que persistirá siempre.

El generalizar es muy ocasionado á incurrir en errores é injusticias, por lo cual procuro yo huir de las generalizaciones. No sostendré ni afirmaré,

por consiguiente, que el conocimiento de nuestras ciencias y de nuestras letras estaba harto poco difundido en la primera mitad del siglo presente; que de la historia del pensamiento español se sabía poco, y que el valer y la importancia de este pensamiento se menospreciaban. Fácil me sería citar aquí nombres de eruditos y trabajos estimables realizados por ellos; pero presupuestas tales restricciones, ¿cómo no afirmar que, por lo común, nos ignorábamos; que teníamos de nosotros muy humilde concepto, y que toda luz intelectual, toda doctrina filosófica, el criterio científico y literario, las reglas del buen gusto y cuanto constituye la base de la cultura y la raíz fecunda de los adelantos, creíamos que venían de las naciones extranjeras? La opinión más extendida entre nosotros, y especialmente entre las personas que presumían de más liberales é ilustradas, era que, de resultas de la compresión intelectual de los inquisidores, de nuestro monstruoso fanatismo en los siglos xvi y xvii, y tal vez de otras causas que cada cual explicaba á su modo, el ingenio de nuestra nación hubo de secarse, atrofiándose sus facultades y energías, así para la especulativa contemplación de las cosas divinas y humanas, como para el estudio experimental del Universo. Así caímos, ó se supuso que caímos, en hondo letargo y en lastimosa degradación mental, de la que, durante todo el siglo pasado y parte del presente, hicimos laudables aunque poco eficaces esfuerzos para salir y para elevarnos hasta el nivel de otros pueblos, afanándonos por seguirlos como á remolque, por tomarlos como modelo y por imitar ó remedar cuanto ellos producían.

Así pensaba la mayoría de los españoles, y, sobre todo, los que de más discretos y cultos se jactaban. Y como nadie suele detenerse en el error en que ha caído, sino que sigue descendiendo hasta caer en más hondos errores, llegó á suponerse, aunque para no incurrir en la nota de antipatriotismo no se confesase á las claras, que nuestra civilización no sólo había degenerado, y que los frutos de ella no sólo se habían viciado ó secado al terminar el siglo xvii, sino que siempre había habido en dicha civilización y en sus frutos cierto germen deletéreo, cierto carácter enfermizo ó vicioso, que les quitaba no poco valer, aun en los días de su mayor florecimiento, y que los condenaba además á corrupción y á muerte prematuras. Llegó á imaginarse que, mientras el pensamiento de otras naciones miraba al porvenir, el de España se había fijado y deleitado en lo pasado, y no ya en lo pasado verdadero y real, sino quimérico y absurdo.

Los libros extranjeros, por lo común franceses, que estudiaban en España los que algo estudiaban, y la ignorancia y el desdén de nuestros libros, concurren á dar sér y vida á semejantes ideas. En la mente de muchos españoles, España vino á ser una moderna Beocia, aunque tal vez sin Píndaro.

No pocas obras maestras de nuestra antigua literatura quedaron arrumbadas y no fueron reimpresas. Mientras que en otros países apenas hay persona medianamente educada que no conozca y lea á los prosistas y poetas de su nación, y no cite algo de ellos, entre nosotros vino á ser el conocerlos y el citarlos mérito singular y raro, algo pa-

recido á la iniciación en los misterios. Poseer libros españoles era como poseer tesoros ocultos, de los que apenas formaba idea el vulgo ignorante. Tal vez los que poseían y custodiaban estos tesoros repugnaban divulgarlos, para no perder ellos el prestigio que el poseerlos les prestaba, y para que esos mismos tesoros no decayesen de su valor y se profanasen y emplebeyeciesen al perder su rareza.

Así nuestra amena y rica literatura vino á ser olvidada ó casi desconocida, ó sólo conocida de pocos, y de éstos mal y quizás con torcida crítica. Acaso sea preocupación mía, por lo cual lo apunto con timidez; pero suele suceder, á lo que yo entiendo, que los bibliófilos se prendan y enamoran de los libros cuando son raros y cuando ellos los poseen; y de aquí nace, cuando una literatura está semi-inédita, una historia de ella un tanto cuanto falta de crítica y llena de falsos juicios. Los que en España siguieron reverenciando y observando los preceptos del neoclasicismo francés, no pudieron incurrir en semejante error, pues no puede negárseles el buen gusto, aunque meticuloso y viciado por el amor del más nimio y correcto atildamiento; pero, en cambio, movidos por ese amor y atados más que guiados por preceptos tales, desecharon con desdén mucha parte, y quizás la más castiza de nuestra riqueza literaria, y si no escribieron, concibieron una historia de nuestro desenvolvimiento intelectual, pobre, deficiente y menguada. De aquí que los poseedores y conocedores de nuestros libros antiguos extremasen, hasta por espíritu de contradicción, las á menudo poco fundadas alabanzas.

Hubo en España, al empezar el segundo tercio de este siglo, una revolución literaria, cuyas ideas vinieron de Francia, como vienen todas las modas, y triunfó entre nosotros el romanticismo. Dió esto ocasión á que volvieran á estimarse, aunque vagamente conocidos, nuestros poetas líricos, dramáticos y épicos, y nuestros novelistas, así de los siglos medios como del tiempo de la dinastía austriaca; pero, en cambio, se censuró y se menospreció, con injusticia cuya notoriedad vemos más clara cada día, cuanto literariamente había producido nuestra nación desde el advenimiento de los Borbones, creyéndolo desmañado recuerdo del francés, sin inspiración nacional y sin carácter propio. Contra lo falso é injusto de tal sentencia, claman Quintana, Gallego, ambos Moratines, D. Ramón de la Cruz y no pocos otros notables escritores y poetas; pero no puede negarse que el vulgo, fanatizado por el romanticismo, dictó la mencionada sentencia, que aun en el día dan no pocas personas por valedera y hasta inapelable.

La historia de nuestra literatura bien puede afirmarse que hasta terminada la primera mitad del siglo XIX no estuvo convenientemente escrita por ningún español.

Las historias de nuestra literatura que más circularon y se leyeron, traducidas al castellano, fueron al principio la de Bouterweck, la de Sismondi más tarde, y, por último, la de Jorge Ticknor. Pero más que estos libros contribuyó á divulgar y á rectificar el conocimiento de nuestra literatura, despertando la afición y el aprecio con que debemos mirarla, la gran colección de autores españoles que el activo é inteligente impresor D. Manuel

Rivadeneira comenzó á publicar hacia el año de 1849 y terminó en 1880. Las obras que antes se hallaban con dificultad, pudieron así estar en manos de todos; y las introducciones, prólogos y notas con que varios literatos muy estimables ilustraron dichas obras, sirvieron para difundir, al menos en el escaso público que en España gusta de la lectura, el conocimiento de nuestras letras y de su historia. Algunas de las introducciones la dan bastante completa y justa de un período determinado. Así, por ejemplo, la introducción á los líricos españoles del siglo XVIII, donde puede afirmarse que D. Leopoldo Augusto de Cueto, Marqués de Valmar, ha dado al público una buena historia de nuestra literatura en el siglo pasado.

A pesar de las prolijas guerras civiles, de la inestabilidad de los Gobiernos, y de los pronunciamientos y revoluciones que han afligido y postrado durante largos años á nuestra patria, trayéndola al cabo á la abatida y mísera situación en que está hoy, todavía, ya sea á causa del general progreso de las otras naciones de Europa, á cuyo influjo no puede sustraerse, ya sea por virtud de las libertades de que goza desde hace años y de un sistema de Gobierno más popular y expansivo, España ha progresado y ganado no poco en bienestar y riqueza, sobre todo en cultura intelectual, si la comparamos con el sér que tenía en el funesto reinado de Fernando VII. Desde la muerte del citado Monarca hasta el día de hoy, no puede negarse, por mucho que ponderemos y lamentemos nuestros infortunios políticos, que la civilización española ha vuelto á renacer con más clara conciencia de lo que ha sido en otras edades y con

algunas vagas aspiraciones de lo que debe ser en lo futuro.

El saber de nuestras cosas se ha divulgado bastante, contribuyendo á esta divulgación no pocas personas estudiosas y de talento, entre las que descuellan en primer término, y en los asuntos literarios de que aquí tratamos, D. José Amador de los Ríos, D. Manuel Milá y Fontanals, D. Pascual Gayangos, D. Aureliano Fernández-Guerra, el primer Marqués de Pidal, D. Agustín Durán, Don Juan Eugenio Hartzenbusch y otros varios.

Resultado del esfuerzo reunido de tales hombres fué un aprecio más alto y más justo de nuestro valer, al menos en amena literatura. Pero entre el vulgo de los que presumen de discretos y entendidos y de los que creen que se levantan por excepción desde las tenebrosas honduras de nuestra patria hasta subir á las regiones luminosas de otros países, poniéndose al nivel de los iluminados que allí habitan, persistió no obstante, y tal vez persista aún, el más profundo menosprecio y el desdén más amargo hacia los frutos y merecimientos filosóficos y científicos de la gente española.

Contra tan humillante preocupación han clamado recientemente entre nosotros algunas personas de saber y de generoso entusiasmo. No se extrañe que yo no las cite á todas. Baste citar en este rápido estudio á algunas de las más significantes, cuyos nombres acuden á mi memoria sin el menor esfuerzo. Así, D. Gumersindo Laverde Ruiz y D. Francisco de Paula Canalejas. Ambos se esforzaron en demostrar que había habido y que hay una filosofía española. En este punto conviene, á mi ver, hacer una consideración que evi-

ta muchos errores. No poca profundidad ó sutileza se necesitaría para explicar la causa; pero lo cierto es que ninguna filosofía tomó nunca el dictado característico de una nacionalidad cuando el idioma de ésta no sirve de vehículo y de medio de expresión al pensamiento de quien filosofa. Prolijo sería explicar por qué. Contentémonos con afirmar que la filosofía griega quedó escrita en griego, y que no se habló de filosofía francesa, escocesa ó alemana hasta que se filosofó en francés, en inglés ó en alemán. Cuando y donde se filosofaba en latín, la filosofía, por muchos y varios sistemas que produjese, y por muy notables filósofos que tuviese en un país determinado, jamás tomaba en él carta de naturalización, y seguía siendo cosmopolita. Tal vez por esto, y no porque en España hayamos carecido de filósofos, suenan con sonido extraño en nuestros oídos estas dos palabras acopladas: «Filosofía española,» lo cual no quiere decir que en España no hayan florecido muy notables filósofos, ni que, si se examina con esmero y acierto, no se logre descubrir en ellos algo de común que, á pesar de sus opiniones contradictorias, los enlaza entre sí y pone en todos peculiar desarrollo dialéctico y sello castizo.

Por lo que toca á la ciencia, sobre todo cuando es verdadera y exacta, el cosmopolitismo, ó mejor dicho, la universalidad, persiste siempre. Y en tal sentido, no hay ciencia alemana, ni francesa, ni inglesa. La ciencia es siempre la misma y siempre una. Lo que sí puede decirse y se ha dicho, es que tal ó cual país ha contribuído en más ó en menos al progreso de la ciencia. Y como hace dos ó tres siglos que en muchos países extranjeros se

escribe incomparablemente más que en España y se hace la historia panegírica del progreso científico del linaje humano, resulta que España queda olvidada y desairada como poco influyente en el mencionado progreso; idea harto desconsoladora que, por desaliento, incuria ó pereza, ha aceptado la mayoría de los españoles. Generosas y eruditas protestas se han escrito en España contra idea semejante. Acaso hasta donde lo consiente mi escasa lectura, me atreva yo á asegurar que la mejor protesta de este género es el libro de Don Felipe Picatoste, premiado por la Biblioteca Nacional, y cuyo título es *Apuntes para una biblioteca científica española en el siglo XVI*.

Como quiera que ello sea, á pesar de tan laudables trabajos, prevalece aún entre los extranjeros, inficionando á los españoles, el triste concepto de que España apenas ha contribuído, ó ha contribuído en sentido negativo, á la civilización del mundo. Escritores de nota, por verdadero mérito ó por prestigio, han sostenido y propagado por todas partes afirmaciones tan crueles para nosotros. Si no recuerdo mal, Guizot asegura que puede hacerse caso omiso de España, como factor insignificante, al tratar de la civilización de Europa; el angloamericano Draper nos supone culpados de haber destruído dos civilizaciones por lo menos: la arábiga y la americana indígena ó *precolombina*, que él inventa para convertirla en víctima de tan horrendo sacrificio; y el inglés Buckle da por cierto que los españoles no podemos civilizarnos á causa de los muchos y grandes terremotos que hay por aquí, y que nos inspiran un absurdo temor de Dios, el cual vicia nuestro carácter y apoca nuestra inteligencia.

Sin aducir tan necios motivos, fuerza es confesar, por desgracia, que España está en el día profundamente decaída y postrada. Su regeneración requiere, sin duda, un gran poder político, sabio y enérgico, ejercido con voluntad de hierro y con inteligencia poderosa y serena; pero tal vez antes de esto, y para orientarse, y para descubrir amplio horizonte, y para abrir ancho y recto camino, se requiere que formemos de nosotros mismos menos bajo concepto, y que no nos vilipendemos, sino que nos estimemos en algo, siendo la estimación, no infundada y vaga, sino conforme con la verdadera exactitud, y sin recurrir á gastados y pomposos ditirambos y á los recuerdos, que hoy desesperan más que consuelan, de Lepanto, San Quintín, Otumba y Pavía.

Aunque me repugna emplear frases pomposas, que hacen el estilo declamatorio y solemne, no atino á explicar mi pensamiento sino diciendo que D. Marcelino Menéndez y Pelayo ha venido á tiempo á la vida y ricamente apercebido y dotado de las prendas conducentes para cumplir, hasta donde pueda cumplirla un solo hombre, la misión anteriormente indicada: para marcar, sin vaguedad y sin exageraciones, nuestra importancia en la historia del pensamiento humano, y para señalar el puesto que nos toca ocupar en el concierto de los pueblos civilizadores, concierto del que formamos parte desde muy antiguo, y del que no merecemos que se nos excluya. La misión, pues, de D. Marcelino, ya que nos atrevemos á llamarla misión, no es puramente literaria, sino que tiene mayor amplitud y transcendencia. Aunque principalmente en literatura, también en filosofía y en ciencias,

en todo lo especulativo, en suma, ha procurado nuestro amigo exhibir y hacer valer los títulos de nuestra nobleza, restaurar nuestras glorias en la mente de los hombres, y reivindicar nuestros derechos, desconocidos por el vulgo. Ha procurado al mismo tiempo, sin deprimir á otras naciones, sino juzgándolas sin prejuicios, sin celos, con justicia y hasta con simpatía generosa, colocarnos, no por bajo ni á la zaga, sino al nivel y al lado de ellas, siendo verídico y justo.

Menéndez y Pelayo está ahora en lo mejor de su vida. Por delante de él hay, probablemente, largos años, que debe esperarse sean de actividad fecunda. Su obra, pues, no ha de considerarse concluída, sino apenas mediada. Y de lo hecho por él hasta ahora aspiro yo aquí á dar completa cuenta y á poner brevísimo resumen.

La misma extensión de su propósito y el constante prurito, de que no acierta á sustraerse nunca, de enlazar el desenvolvimiento intelectual de España con el de otros pueblos, no he de negar yo que producen en uno de sus principales escritos algo que no he de calificar de falta, sino de *sobra*, pero de *sobra* que perjudica ó descompone un poco la proporción armónica que debe notarse en el conjunto de toda obra artística, ya sea del género didáctico, ya sea de otro género.

Tal falta, ó mejor dicho, tal *sobra*, se advierte, más que en las otras producciones de D. Marcelino, en su *Historia de las ideas estéticas*. Esta historia se limita á España en las portadas de los volúmenes que la contienen; pero en los mismos volúmenes D. Marcelino traspasa límites y fronteras, se va fuera de España, y discurre tanto ó más

por los países extranjeros que por el nuestro. Tal redundancia, aunque siempre grata porque todo está bien estudiado, sabido y expuesto, se da, no sólo geográfica ó étnicamente, sino también yendo más allá del punto ó materia en que el libro se ocupa. Así, dicha *Historia de las ideas estéticas en España* es casi una historia literaria y artística universal ó de todo el mundo.

La mejor disculpa que sobre este punto puede alegar D. Marcelino en su defensa, es la necesidad que sentía de colocar en su puesto á su olvidada ó desdeñada patria, después de hacer el examen comparativo de sus méritos y de los méritos de otras ilustres naciones. Especialmente desde hace dos siglos, en no pocas historias de ciencia, de literatura ó de filosofía, se prescinde de nosotros ó se nos excluye; y todo progreso y toda nueva corriente de ideas y de sentimientos, gérmenes fecundantes de altas novedades literarias, se supone que brotan en Francia, en Alemania, en Inglaterra y hasta en Escandinavia y en Rusia. Al leer, por ejemplo, la obra celeberrima del dinamarqués Brandes, se diría que España y aun la misma Italia están ya muertas ó han quedado estériles, y que la vida del pensamiento y su virtud prolífica han ido á refugiarse y á concentrarse en el Norte de Europa. Lo cierto es que lo escandinavo y lo ruso es lo que priva y está de moda en el día, penetrando bastante esta moda en nuestro país, donde hay ya encomiadores é imitadores de la literatura escandinava y de la rusa, no inmediatamente llegada á ellos, sino columbrada y entrevista en traducciones y panegíricos franceses.

En otra obra capital de D. Marcelino, en la